

Y  
0410  
1870

UNIVERSIDAD  
EAFIT®

Abierta al mundo  
Estadística del patrimonio



014 410  
43 970

INDULGENCIA

DE

LA PORCIUNCULA

HISTORIA, ORIGEN Y PROMULGACION  
EXTENSION, REQUISITOS Y MODO  
DE APLICARLA

UN RELIGIOSO FRANCISCANO EXCLAUSTRADO



BOGOTÁ

IMPRENTA DE ORTIZ MALO

1870



## INDULGENCIA DE LA PORCIUNCULA.

### CAPITULO PRIMERO.

Prodigiosa concesion de esta extraordinaria indulgencia.

ENTRE todas las indulgencias que están en uso en la Iglesia, una de las mas célebres, tanto por su antigüedad como por lo maravilloso de su origen, es la indulgencia de la *Porciuncula*. Cuando tanto se entibia la fe, consideramos muy útil ofrecer á las personas piadosas una reseña histórica de tan singular gracia, á fin de ilustrarlas, de excitar su confianza y de inspirarles un vivo deseo de participar de tan precioso tesoro.

A principios del siglo XIII, á média hora de la ciudad de Asis (Estados Pontificios) habia una iglesia muy pequeña, conocida con el nombre de Nuestra Señora de los Angeles, que se llamaba igualmente iglesia de la *Por-*



*ciénacula*, \* á la que el santo fundador del Orden de Menores tenia una especial veneracion. Allí ocurría á menudo para satisfacer la tierna devoción que profesaba á María y á los santos Angeles, de los cuales ella es la Reina; allí se engolfaba en la oración en medio de los armoniosos conciertos de los espíritus celestiales, con los que tenia la inefable dicha de conversar, segun de ello dan testimonio los historiadores de su vida; allí, finalmente, logró que Cristo Nuestro Señor le concediese la gracia más extraordinaria en favor de los miseros pecadores.

Compadecido el seráfico P. S. Francisco de la ceguera de los mortales, con lágrimas y oraciones solicitaba continuamente del Señor la conversion de tantos infelices y el perdón de las culpas y penas que por ellos merecian. Sucedió, pues, por el mes de Octubre de 1221, que estando una noche por los refe-

\* Esta iglesia no es otra que una ruinoso capilla, unida á una porción de tierra que allí antiguamente poseían los monjes de san Benito, quienes por desgracia cedieron el referido local y capilla al restaurador de ésta, san Francisco, para fundar allí el primer convento de su religion. Hoy día la antigua y propia iglesia de la *Porciúncula*, cabeza de toda la Orden seráfica, se halla situada bajo la capilla de una basílica, que es una de las mas grandiosas y magnificas de Italia. La mencionada iglesia no tiene más que un preciosísimo altar, ante el que hay diez y siete lámparas de plata, de las cuales siete arden día y noche.

ridos motivos muy angustiado el corazón de este enamorado de Cristo, mientras que, desde su retiro de la *Porciúncula*, clamaba al Señor de lo íntimo de su alma, pidiendo por todos misericordia y ofreciéndose para la salvacion del mundo á ser víctima de la caridad, la Majestad Divina le envió un Angel en forma visible, el cual le dijo que fuese á la iglesia donde lo esperaban Cristo Nuestro Señor y su purísima Madre con numerosa comitiva de espíritus celestes. Entró en la iglesia y, atónito y reverente, se postró en tierra, no pudiendo soportar aquel divino resplandor. En seguida la Majestad de Cristo dirigiéndole amorosamente la palabra, dijo: "Francisco, ya que son tan ardientes tus deseos de la salvacion de las almas y á mí tan agradables, te doy permiso para que pidas alguna gracia en favor de ellas, \* para exultacion de los fieles y exaltacion de mi nombre."

El temor reverencial tuvo un rato al santo en delicioso asombro; pero vuelto en sí, respondió:

"Altísimo Señor y Padre de misericordias, atendiendo al precio inestimable de vuestra sangre y la sobreabundancia de los méritos de vuestra dolorosa muerte, os pido con toda humildad y rendimiento un favor, muy del agrado de vuestra piedad, para los

hijos de vuestra Iglesia : concededme, dulcísimo Señor, que todos los fieles que entren en esta santa casa, contritos y confesados, ganen indulgencia plenaria y total remision de todas sus culpas, y queden libres de las penas debidas por la satisfaccion, y reducidos al feliz estado en que los puso la primera gracia que recibieron en el santo bautismo. Y vos, soberana Reina de los Angeles y Madre de mi Señor, ya que vuestra gran piedad os ha merecido el glorioso título de Abogada de los pecadores, sed la medianera con vuestro divino Hijo, á fin de que, por vuestra intercesion, conceda lo que no puede merecer este indigno esclavo vuestro y pecador miserable."

Con el mayor agrado oyó la Virgen-Madre la súplica de su devoto siervo, y dijo á su Hijo :

"Señor mio é Hijo dulcísimo de mis entrañas, la peticion que el Celador de vuestra gloria y mi devoto Francisco ha hecho á vuestra Majestad, os repite mi amor, alegando á favor de los hombres, de quien soy Abogada, las humillaciones de esclava y los privilegios de Madre vuestra á fin de que concedais esta gracia."

Respondió el Señor :

"Francisco, mucho has pedido, pero con medio tan eficaz, como son los ruegos de mi

amantísima Madre, aun á mayores empresas puede anhelar tu celo. Yo te concedo la indulgencia plenaria que me pides, pero quiero que vayas á mi Vicario, á quien déje en la tierra plena potestad de atar y desatar las prisiones de la culpa, y le intimes de mi parte que es mi voluntad que confirme esta indulgencia, para que el mundo entienda la estimacion y aprecio que debe hacer de la rúbrica de mi Vicario, á quien déje la fiel *Secretaría de mis mercedes.*"

Desapareció esta celestial vision, y los compañeros del Patriarca de los pobres que habian alcanzado á ver las luces y á oír las voces, aunque deseaban saber el misterio, pudo mas para detenerlos el temor, que para avivarlos la curiosidad. Aguardaron, pues, á que el santo saliese de la iglesia, y pidiéronle con instancia, por amor de Dios, que les diese noticia de lo sucedido. No pudo negarse á su peticion, viéndolos tan aterrados de las prodigiosas señales que habian tocado, y así les participó por entero todo lo acaecido, encargándoles el secreto. En la mañana siguiente eligió á uno de ellos por compañero y se partió á Perusa, donde á la sazón se hallaba el Sumo Pontífice. Obtenida audiencia y habiéndole besado el pié, le dijo :

"Santísimo Padre : pocos años há que á diligencias mias se reparó en los campos de

Asís una antigua ermita, consagrada á la Madre de Dios, con advocacion de Santa María de los Angeles.

“En este nido nació y creció esta pobre Religión de los Menores, favorecida con la proteccion de esta gran Señora: suplico, pues, humildemente á Vuestra Santidad que, á honor suyo y á la mayor honra y gloria de su santísimo Hijo y bien de las almas, que redimió con el precio de su sangre, me conceda indulgencia plenaria y remision de todos los pecados para aquellos que, contritos y confesados, visitaren esta iglesia, sin que para ganarla tengan obligacion de dar limosna alguna.”

Dificultó el Papa la concesion, por la circunstancia de pedir indulgencia plenaria sin obligacion de dar limosna, como cosa opuesta al estilo corriente de la Iglesia Romana, que no concede semejantes gracias sin el gravamen de las limosnas y obras pias, con que los fieles se hagan más capaces y se dispongan más bien para el logro de tales indulgencias. Preguntóle por cuantos años pedia la dicha indulgencia. A lo que le respondió el seráfico Patriarca:

— Santísimo Padre, yo no pido años sino almas.

— No entiendo tu peticion, replicó el Papa, cómo pides almas?

— Lo que yo pido á Vuestra Santidad, respondió Francisco, es que todos los fieles que, contritos y confesados, visitaren la iglesia de Santa María de *Porciúncula*, queden absueltos y libres de toda culpa y pena, como quedaron por la gracia primera del bautismo.

Quedó el Papa suspenso, y le dijo:

— Francisco, muy dificultosa es tu peticion y no practicada en la Curia.

Insistió el seráfico de Asís diciendo:

— Santísimo Padre, sepa Vuestra Santidad que esta peticion no es mia, sino orden expresa de Nuestro Señor Jesucristo, en cuyo nombre la entiendo, y le hago saber que este es el benéfico de su adorable voluntad.

Estas palabras hicieron tal impresion en el corazon del Sumo Pontífice que, movido de impulso divino, dijo tres veces:

— *Estoy satisfecho, y te concedo la gracia que me pides.*

Los Cardenales, que se hallaron presentes, extrañaron mucho esta resolucion é intentaron disuadirle de ella con estas razones:

— Beatísimo Padre, mire bien Vuestra Santidad que esta concesion, á mas de ser excesiva, es perjudicial á los Santos Lugares de Jerusalem y á las Estaciones de Roma, porque, ¿quién habrá que se determine á pasar por las incomodidades y peligros que tienen tan largas peregrinaciones, si con menos

gastos y trabajos puede lograr en Asis lo que se busca en Jerusalem?

Respondió el Sumo Pontífice:

— La concesion está ya hecha y no conviene revocarla: lo que podemos hacer es modificarla y limitar la indulgencia á un día natural y determinado en cada año.

Vuelto despues al santo, dijo:

— Francisco, yo de plenitud de potestad concedo que todos los fieles que, contritos y confesados visitaren la iglesia de Santa María de *Porciúncula* un día natural y deter-

minado, que empezará desde las vísperas primeras hasta las segundas del día siguiente, en cada año ganen indulgencia plenaria y remision de todos sus pecados, y esto perpetuamente.

Oyó el seráfico Padre la resolución del Vicario de Jesucristo, y hecha una profunda reverencia, se despidió sin hablar palabra.

Dijole entónces el Papa:

— Hombre sencillo, ¿dónde vas y qué despachos te llevas que hagan fe de este mandato?

Respondió Francisco:

— Santísimo Padre, bástame la palabra de Vuestra Santidad, porque siendo ésta, como es, obra de Dios, corre á cuenta de su Providencia el que se haga notoria al mundo.

lo y tenga efecto su santa voluntad. Yo sé muy bien que el Notario que da fe de esta gracia es Cristo, Sabiduría de su Eterno Padre; María es el cándido papel en que se escribió con caracteres de gloria, como todas las demas gracias que compendió en ella el dedo de Dios, ó sea el Espíritu Santo, y los testigos son los Angeles, de cuyo antiguo testimonio tienen autoridad las obras del Altísimo.

Esta respuesta fué hija de su fe y humildad, que daban aliento á la firmeza de su esperanza fundada en la infalibilidad de las divinas promesas. No se acordó el serafín de las de los estilos de la Curia, porque como negociaba con Dios, sacando sus despachos del tribunal de su misericordia, no le ocurrió que fueran necesarias humanas diligencias, excepto aquellas que le prescribió la voz de Dios, cuando le mandó que diese la noticia su Vicario.

Despues de concluida su audiencia salió Francisco de Perusa para regresar á Asis. Llegando á la mitad del camino, se sintió anteriormente tocado de la visitacion divina; como tan práctico en las vías de la perfección, acogió con agrado estos movimientos, obedencia pronta á las divinas inspiraciones. Apartóse del compañero, buscando la

soledad, y en ella derramó como agua su corazón en hacimiento de gracias por los frecuentes beneficios que recibía de la mano liberal de su Dios, y particularmente por el buen suceso que había tenido su pretension en la Curia Pontificia. Revelóle el Señor cómo la indulgencia que había aprobado su Vicario en la tierra estaba ya confirmada en el cielo. Participó después á su compañero esta alegre noticia, para que le ayudase á ser agradecido, correspondiendo en parte con sus fervores á la grandeza de su obligacion. Llegó al convento de la *Persevéntula*, y en los dos años siguientes no tuvo efecto la indulgencia, porque no hubo oportunidad de sacar los despachos para la promulgacion, á causa de la turbulencia de los tiempos y viajes del Sumo Pontífice. Affligióle mucho esta dilacion, por ver paralizado el fruto que esperaba recoger á beneficio de las almas; y así instaba al Señor que lo dispusiese con la suavidad y fortaleza de su Providencia.

## CAPÍTULO SEGUNDO.

*Maravillas que preceden y acompañan al acto de determinar el día en que se había de ganar dicha indulgencia.*

Ansioso estaba nuestro santo en las dulzuras de la contemplacion una noche de los primeros dias del mes de Enero de 1223, cuando el corazon enemigo, que hasta entónces había combatido al animoso soldado de Cristo con fuerzas y crueldades, mudó todas sus baterias y le acometió con lisongas y compasiones. Apareciósele como Ángel de luz y le dijo:

“Francisco, ¿cómo te das tanta prisa por acabar con esa vida, que ha sido y será de tanto provecho para la Iglesia universal? Gastar en la oracion las noches enteras, sin darle al cuerpo la necesaria refecion del sueño, es una impiedad agena del cristianismo que, fundado en las máximas de la caridad, condena que el hombre se dé voluntariamente la muerte. Las virtudes dejan de ser virtudes, si tocan en los extremos; y pierden toda su razon, si les falta la sal de la prudencia. La oracion es un ejercicio en que gasta el alma sus mas puros afectos, cuya nimiedad y eficacia sufocan el calor natural, y consumen los espíritus vitales del corazon, y cuanto tiene de provechosa, si es moderada, viene á tener de inútil, si es continua; porque flaqueando la cabeza con la atencion demasiada y la di-

sipacion de los espíritus, cuando se busca la devoción se encuentra el delirio. No es esta la primera vez que te he dado este aviso; pero viéndote tan poco corregido, temo que te pierdas por caprichoso, y que con la nimiedad indiscreta de tu celo cortes los vuelos á tu principal vocación, que es ganar muchas almas. Ahora estás en la mejor sazón de lograr este precioso fruto; porque tu edad no es mucha, es madura, amañada de las experiencias y ayudada de la opinión, que el buen olor de las virtudes ha ganado entre los hombres. Tu Religión, aunque está bien dilatada, todavía es planta nueva y tierna que necesita del cultivo de tu mano. Si en la breve ausencia que hiciste á la Sirla, se marchitaron sus verdores, ¿qué esperas suceda, si por la indiscreción de tus penitencias perdieses la vida? Templa, pues, el rigor de estas austeridades y atiende á que naciste para el bien de muchos, al que debes posponer el tuyo propio. Fuera de que tu mayor bien es ser bueno para todos; y este motivo debe empeñarte á que atiendas en lo posible á tu conservación. Contentate con los deseos de la mortificación, y deja su ejercicio para los que tienen rebeldes sus pasiones, pues la Iglesia te ha menester mas vivo que mortificado." y dicho esto desapareció.

Como el dañado aliento de esta bestia es venenoso, ocasionó en el corazón del Santo un turbulento desasosiego que le dejó bien seguro de su infame causa. Levantóse de la oración, desnudóse el hábito, y quedando en paños menores, salió de la celdilla del extremo del huerto en donde

oraba, y una vez fuera de la cerca, se arrojó en unas zarzas, cuyas penetrantes espinas con el riesgo de su sangre se convirtieron en bellísimas rosas, unas blancas y otras purpúreas. "Oh maldito consejero! decía, ¿quitarme quereis el ejercicio de la penitencia? Claro está, quisieras hacerme acomodado para tenerme por tuyo, pero así respondo á la sofistería de tus engaños con la sutileza de estas espinas. No puedo vengarme de tu malicia, sino despreciando tu soberbia, y castigando en mi carne con las puntas de este espino tus atrevimientos. Desengáñate, rebelde é infeliz espíritu, que no quiero vivir sino padecer; ni he de buscar descanso sino penas para sentir, en el modo que me sea posible, los dolores y tormentos que padeció por mi amor mi Maestro Jesucristo."

Estando así bañado en su sangre y hecho su cuerpo una liaga, se aparecieron una multitud de Angeles, que llenaron de resplandor todos los alrededores. Diéronle los parabienes de tan insignia victoria, y le dijeron:

"Francisco, triunfador valiente de los engaños del demonio, levántate, sal presto de la espesura de esa zarza, y camina en seguimiento nuestro á la iglesia, donde te esperan Cristo Nuestro Señor y su purísima Madre y Reina nuestra."

Salió de la zarza, y se vió milagrosamente cubierto con una ropa candidísima, y cogiendo por mandato de los Angeles doce rosas blancas y doce encarnadas, de las muchas que produjo la zarza que fué instrumento de su martirio, tomó la sonda que conduce á la iglesia, la que á la vista

estaba cubierta y entapizada con preciosas alfombras. Entró á la iglesia, y vió en ella á Cristo y á su santísima Madre asistidos de innumerable multitud de Angeles. Adoró postrado en tierra á la Majestad Soberana, diciendo: "Omnipotente dueño de cielos y tierra y piadoso Salvador del linaje humano, os ruego con humildad, por las grandezas de vuestra inefable misericordia, os sirvais determinar el día dichoso en que haya de tener efecto la indulgencia que me concedió vuestra dignacion por ruegos de vuestra santísima Madre y mi Señora. Y á vos, Reina y Madre purísima, en quien han tenido siempre feliz éxito mis esperanzas, suplico ruegos á vuestro amantísimo Hijo me conceda este favor para bien de las almas redimidas con el precio de su sangre."

A los ruegos de María Santísima respondió propicio su benditísimo Hijo, diciendo: "Francisco, yo te concedo lo que me pides por mi Madre dulcísima, y quiero que el día sea aquel en el cual mi Apóstol Pedro fué desatado de las cadenas, (el día 1.º de Agosto), comenzando desde las segundas vísperas y acabando en las del día siguiente inclusa la noche intermedia; durante cuyo tiempo, cualquiera que entro en esta iglesia alcance la indulgencia plenaria que tú pediste."

— Pero, Señor, repuso Francisco, ¿cómo sabrán esto los hombres y cómo me darán crédito?

— Esto se hará, respondió el Señor, con mi favor y el auxilio de mi gracia; tú entretanto partirás á Roma y notificarás á mi Vicario ser

este mi beneplácito, pues yo moveré su corazón para que todo tenga debido efecto. Y porque mi Vicario dé entera fe á tu legacia, llevarás á algunos de tus compañeros, que están noticiosos de estas maravillas, y las rosas blancas y encarnadas que cogiste de la zarza, y se las darás en mi nombre, con lo que tendrán mi voluntad y tu pretension entera cumplimiento.

Dicho esto el coro de los Angeles entonó el himno *Te Deum laudamus*, que concluyó con suavisima armonía, y desapareció toda aquella celestial vision, dejando enagenado al Santo en júbilos de alegría.

Gozoso y confiado el día siguiente el serafico Patriarca tomó tres rosas blancas y tres encarnadas en referencia del inefable misterio de la beatísima Trinidad, y con tres compañeros suyos partió á la ciudad de Roma, y en San Juan de Letran, habiendo ofrecido los debidos homenajes al Sumo Pontífice, le refirió todo el suceso, dando por testigos á sus compañeros que estaban asombrados de tantos misterios; y para dar más fe á su legacia, le ofreció las rosas blancas y encarnadas. Quedó maravillado el Papa, viendo en el tiempo mas rigoroso del año y en lo mas erizado del invierno rosas de tanta belleza, frescura y admirable fragancia, y dijo: "¿Qué testimonio mas irrefragable de esta verdad que estas rosas, en que veo y admiro otras tantas maravillas, que son las voces con que se explica la Omnipotencia? Creo ser así, como dice, la voluntad de Dios; pero el asunto se ha de proponer al Consejo de nuestros hermanos los Carde-

nales, con cuya aprobacion y consentimiento tenga mayor celebridad esta gracia." Entre tanto dió orden á sus criados que en palacio acogiesen con decoro á aquellos religiosos y les suministrasen cuanto hubiesen menester.

El dia siguiente compareció el bienaventurado Padre con sus compañeros al Consistorio sagrado, y postrándose en tierra, dijo:

— Dignísimo Vicario de Cristo, dignaos cumplir la voluntad del Señor y de la Virgen Madre en la materia que os he propuesto.

Respondióle el Papa:

— Aunque ya me has enterado de todo, vuelve, no obstante, á decirlo aquí en presencia de mis hermanos los Cardenales.

Entonces, hecha una circunstanciada relacion de todo lo acaecido concluyó Francisco, diciendo:

— La voluntad de Dios es que cualquiera que desde las vísperas del dia primero de Agosto hasta las vísperas del dia siguiente, entrare en la iglesia de Santa Maria de los Angeles de Asis, reciba plena remision de todos los pecados que haya cometido desde el dia del bautismo hasta el momento en que entre en dicha iglesia, y así mismo quede libre de la pena por ellos merecida, con tal que se haya confesado con corazon contrito y humillado.

En seguida el mismo Pontífice mostró las tres rosas blancas y las tres encarnadas, que fueron de grande admiracion y placer á los Cardenales, tocando su hermosura y oliendo su suavidad tan intempestiva en los rigores de Enero. Habiéndose largamente de este asunto en el Consis-

torio, y penetrado el Sumo Pontífice de que esto habia sido del agrado de Cristo por los ruegos de su Inmaculada Madre, concedió públicamente la indulgencia pedida, ó mas bien, la confirmó. Escribió despues al Obispo de Asis y á otros seis Obispos de aquella comarca, que el dia primero de Agosto se reuniesen en la referida iglesia para promulgar solemnemente la indulgencia de la *Portiúncula*.

al mundo  
Biblioteca Sala Patrimonial

## CAPÍTULO TERCERO.

## Pasmosa promulgacion de la indulgencia

## de la Porciúncula.

A la manera que las industriosas abejas en los alegres dias de la primavera recorren praderas las flores y posan sobre ellas para lamer y extraer con su trompa el delicioso alimbar que contienen y recoger, al propio tiempo, de los estambres el polen para fabricar la masa dulce y sabrosa miel; así tambien, no solo los vecinos de Asís y lugares comarcanos, si que tambien muchísimos venidos de países lejanos, anhelando chupar el celeste rocío, acumular tesoros de gracia y formar en su interior el hermoso palan de las virtudes, llegado el ansiado día de la promulgacion de la indulgencia de la *Porciúncula*, de todas partes se veian afuir en tropel solícitos de su salvacion, sin perdonar gastos ni fatigas, con tal que pudiesen tener la envidiable dicha de saborear las bendiciones celestiales y ganar la espectralísima y singular indulgencia que, de un modo tan solemne, se iba á promulgar. Se habia preparado de antemano un tablado, desde donde pudiesen los Obispos promulgar la indulgencia. Estando ya todo previsto, estos aconsejaron á Francisco que subiese á predicar en el pulpito prevenido en el mismo tablado. Obedeció el santo é hizo un fervoroso sermón, en el cual, ponderando las misericordias del Altísimo, expuso lo que habia su-

cedido, y concluyó diciendo que tanto Cristo Nuestro Señor, como su Vicario el Papa, le habian concedido perpetuamente aquella indulgencia para el día señalado. Al oír los Obispos que el santo decía que la indulgencia era perpetua, lo tomaron á mal, intentaron despues reconvenirlo y le dijeron que iban á publicar la indulgencia, pero duradera únicamente por el espacio de diez años. Francisco respondió con mucha humildad, que la mente del Sumo Pontífice era que la indulgencia fuese perpetua, que así se la habia concedido el mismo Jesucristo y confirmado Su Santidad. Pocos creódules los Obispos á las palabras del santo Patriarca, resolvieron rectificar lo que él habia dicho sobre la perpetuidad, y de comun consentimiento de los otros se levantó el Obispo de Asís, y queriendo decir *por diez años*, dijo contra su voluntad, *perpetua*. Sépales mal á los otros, quienes siguiendo aún en su primer modo de pensar, se levantaron y sucesivamente con voces altas hablaron contra lo mismo que sentian, mandándoles á todos el Señor las palabras, y dándoles á entender con este admirable exceso que su voluntad era que la indulgencia fuese perpetua todos los años, conforme habia predicado san Francisco. Esto les causó grande admiracion. De esta manera, con entusiastas aclamaciones y universal alegría de todos los presentes, fué promulgada la indulgencia de la *Porciúncula*. Los Obispos no solo reconocieron y publicaron ser ésta la voluntad de Dios, sino que pusieron con juramento y suscribieron á este prodigio. Iguales testimonios febacientes dieron

las autoridades locales y la nobleza de Asis, cuyos documentos quedaron depositados en el archivo. Los cronistas refieren que, cuando el seráfico padre predicaba el sermón, tenía en la mano una cédula, y elevando tiernamente la voz y con gran fervor de espíritu, repetía á menudo lo que en ella estaba escrito:

*Quiero enviarlos á todos al Paraíso.*



## CAPÍTULO CUARTO.

*La iglesia en que puede ganarse la referida indulgencia.*

LA Iglesia, madre cariñosa de sus hijos, viendo que los fieles apartados de Asis por la distancia del camino ó otros inconvenientes, no podían arrovecharse de gracia tan singular, fué extendiendo y ampliando esta indulgencia á otros puntos, hasta que por concesiones de Gregorio XV de 4 de Julio de 1622 y de Benedicto XIV de 25 de Setiembre de 1741, &c. todo fiel cristiano puede actualmente ganar la indulgencia de la *Parísncula* en cualquier iglesia de religiosos ó religiosas de san Francisco, sean de la familia que sean, ora estén las religiosas sujetas al Ordinario, ora no lo estén. Hay algunas otras iglesias en que, por especial gracia de la Santa Sede Apostólica, se puede disfrutar de este inapreciable tesoro.

# CAPÍTULO QUINTO.

## Requisitos para ganar la Indulgencia.

Al tener de las disposiciones pontificias, para ganar la indulgencia de la *Porciúncula* se requieren tres condiciones.

1.ª *Confesion*. El sacramento de la penitencia debe recibirse aunque no se considere reo de culpa grave; pero aquel que, no teniendo legítimo impedimento, acostumbra confesarse a lo menos una vez cada semana y no sabe que haya cometido culpa mortal desde la última confesion, puede ganar esta indulgencia sin necesidad de volverse á confesar. (*Sacr. Congr. Indul.* 15 *dicembris*, 1841.)

2.ª *Comunion*. Toda persona adulta que quiere ganar esta indulgencia ha de recibir la sagrada comunión, y no basta la costumbre de comulgar cada ocho dias, ni aunque fuese con más frecuencia.

*Advertencias*. — 1.ª La confesion y comunión pueden practicarse en cualquiera iglesia. 2.ª Pueden efectuarse ya sea el dia primero, ya el dia 2 de Agosto, y no importa que se verifique esto antes ó despues de la visita de la iglesia en la que puede ganarse la indulgencia de la *Porciúncula*.

3.ª *Visita*. La visita puede hacerse desde las

1. Gregorius XV, brevi *Splendor*, 4 de Julio de 1622.

2. *Sacr. Congr. Ind.* 23 *februarii* 1847 et 8 *Julii* 1850.

dos de la tarde del dia primero de Agosto, hasta la puesta del sol del dia siguiente. 3.ª Durante la visita, se han de dirigir algunas piadosas súplicas á Dios por la concordia entre los Principes cristianos, extirpacion de las herejías y exaltacion de la santa Iglesia. 4.ª No está asignada la oracion que se ha de recitar ni su duracion, pero bastará rezar seis veces el *Padre Nuestro*, *Ave Maria* y *Gloria Patri*, rogando á la intencion del Sumo Pontífice.

Nótese que seria muy útil que aquellos que saben leer, para hacer las visitas usasen el método que sigue despues del capítulo siguiente; por más que no estén á ello obligados.

3. 11. Gregorius, brevi *Splendor*, ut supra.

4. *Id.* *Id.*

CAPÍTULO SEXTO.

La indulgencia de Porciúncula puede ganarse tantas cuantas veces se haga la visita.

UNA de las visitas puede cualquiera aplicarla a sí mismo; pero las restantes deben aplicarse por modo de sufragio para los fieles difuntos. Al empezar las visitas es muy regular que cada cual procure aplicarse la primera visita para sí propio, y en las demás visitas para los difuntos, es muy del caso que en cada visita la aplicación sea para algún difunto determinado; por ejemplo, una visita se aplica por el alma del padre, otra por la de la madre, la siguiente por la de una hermana, &c; y sería bueno que se sustituyese otro difunto para el caso que no necesitase la tal indulgencia aquel difunto para quien principalmente se aplica. Después de cada visita acostumbran los fieles salir del templo, y después de pasear un poquito, vuelven á entrar para hacer otra visita, y así se va practicando tanto el día primero como el día dos de Agosto. De este modo se hace en todas partes, y á esta costumbre aludia continuamente la Sagrada Congregación cuando, siempre que era consultada, sobre si se podía ganar esta indulgencia tantas veces cuantas se repetía la visita, respondía, *servandum esse solitum*; esto es, que se había de guardar lo acostumbrado. Fi-

S. Innocentius XI, brev. *Alia*, 12 januarii 1687.

nalmente, la Sagrada Congregación, para evitar nuevas consultas, no se contentó con responder que se guardase lo acostumbrado, sino que respondió claramente que los que por la *Porciúncula* visitaban las iglesias del Orden de san Francisco y oraban allí un poquito, ganaban indulgencia plenaria tantas cuantas veces repetían la visita. e

d. Sacr. Congr. sub die 23 februarii 1847 et 8 juli 1850

**MODO DE HACER Y OFRECER LA VISITA DE**

**PORCIUNCULA.**

Arrodillado y hecha la señal de la cruz, se prepara con un fervoroso acto de contrición, y en seguida podrá hacer la siguiente

**Aplicacion de la indulgencia para sí mismo.**

Oh divino Salvador mío! que habeis bajado sobre la tierra para abrasarla en la llama de vuestro amor, inflamad en mi corazón ese fuego sagrado, para que pueda ganar cumplidamente para mí mismo la indulgencia concedida por vuestra infinita misericordia. Atraedme á vos, unidme á vos, transformadme en vos, á fin de que, habiéndome seguido fielmente durante la vida por el camino que me habeis trazado con vuestra sangre, pueda despues venir luego á gozar las celestiales delicias y cantar las eternas misericordias. Amen.

**Aplicacion para algun difunto.**

Oh piadosísimo Redentor! los excesivos tormentos que sufren las afligidas almas del Purgatorio y el inmenso amor con que las amais, por que están estrechamente unidas á vos por los lazos indisolubles de la caridad, es lo que me anima á implorar por ellas vuestra inefable clemencia; y la indulgencia que con los auxilios de

nuestra gracia intento ganar en esta visita, la aplico en sufragio al alma de N. y si á ella no puede aprovechar, la aplico á la que sea de vuestro mayor agrado y de mi especial obligacion. Dignaos, Señor, aceptarla plenamente, y haced que desde ahora suba á recibir el eterno ósculo de paz en la gloria. Amen.

Despues de aplicada la indulgencia, saludese á la Reina de los Angeles con la *Salve Regina*, y en seguida, á la intencion del Sumo Pontífice, se dirá la siguiente

**ORACION.**

Oh Jesus amantísimo, que habeis protestado asistir á vuestra esposa, la Iglesia, hasta la consumacion de los siglos, miradla con la grandeza de vuestra bondad y segun la multitud de vuestras misericordias, y extended vuestra poderosa mano para calmar los vientos y tempestades que rudamente la arajan. Consolad, sostened, alenad al Sumo Pontífice, vuestro Vicario sobre la tierra, contra quien está conjurada la impiedad. Ostentad, Señor, el poder de vuestra omnipotente diestra y exaltad la santa fe católica, á fin de que, con su celestial brillo y pureza, atraiga todos los entendimientos al conocimiento de la verdad y todos los corazones al amor de la virtud. Extirpad todas las herejías y errores, desbaratad las pérdidas ó hipócritas maquinaciones de los que se deleitan en desgarrar las entrañas de tan bondadosa madre, convertid á los pecadores y perfeccionad á los justos. Conceded una per-

fecta union y concordia entre los Principes cristianos, infundid un santo temor á sus consejeros y ministros. Y vos, oh Virgen Madre! Reina de los Angeles y refugio de pecadores! asistidme, acogedme bajo vuestro maternal manto, y alcanzadme de vuestro divino Hijo las gracias especiales que necesito para serle fiel hasta la muerte, y alabarle despues eternamente en compaña vuestra en la celestial Patria. Así sea.



UNIVERSIDAD  
EAFIT  
Abierta al mundo  
Biblioteca Sala Patrimonial



# UNIVERSIDAD EAFIT

Abierta al mundo  
Entonces solo pertenecer

